

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DEL ASESINATO DE LOS MARTIRES DE LA UCA

Pronunciamiento del Consejo Superior Universitario Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Con ocasión del primer aniversario del asesinato de los mártires de la UCA, y de los 25 años de fundación de la Universidad, el Consejo Superior Universitario quiere presentar al país una reflexión y una reafirmación sobre los motivos del asesinato, su significado y la inspiración que representa para la UCA.

1. REAFIRMACIÓN DE LA OPCIÓN DE LA UCA POR LAS MAYORÍAS POPULARES

A lo largo de sus 25 años de existencia, el sentido último de la UCA ha estado en su incidencia en la realidad histórica de El Salvador.

Desde sus inicios, la UCA se ha ido constituyendo no enmarcada en sí misma, ni en sus profesores, ni en sus alumnos, sino que ha puesto su centro fuera de sí, en el país. La situación de El Salvador ha hecho ineludible esta descentración de la universidad, descentración que no ha nacido del deseo de hacer política, sino del derecho y del compromiso de la universidad, de cara a la situación del país.

La UCA no ha buscado el enfrentamiento con el sistema social imperante, al estilo de un partido de oposición, o de una organización política o militar, cuya actividad está determinada por el objetivo de la toma del poder. La UCA ha enfrentado la realidad con un modo universitario propio. Se ha distinguido, en claridad, de quienes equivocadamente, quieren hacer labor política sin hacer labor académica, y también de quienes quieren hacer labor académica sin hacer labor política. Estas dos dimensiones se han dado en la UCA en codeterminación: lo universitario ha determinado la forma de hacer política y lo político ha determinado la forma de cumplir lo universitario. Así, en el momento de determinar cómo hacer, la prioridad ha venido dada por las exigencias de lo académico.

Al poner su centro y razón de ser fuera de sí misma, en el país como problema, la UCA ha tenido que optar por el cambio social y por irse constituyendo en una buena universidad. Al optar por el cambio social, la UCA se ha dedicado explícitamente a defender los intereses objetivos de las mayorías populares, y ha adoptado como horizonte teórico y práctico de su actividad el desarrollo y la liberación de ellas.

Por su peso cuantitativo y por la dificultad y complejidad de los problemas que experimentan, la existencia de mayorías populares empobrecidas constituyen el problema principal del país. Ellas representan, en sí mismas, la negación más radical de la verdad y de la razón. La superación de ese hecho masivo, injusto e irracional, la liberación de las mayorías oprimidas, es uno de los mayores desafíos que se presenta a la inteligencia y a la voluntad de la universidad. De aquí nace la necesidad de que la universidad ponga lo mejor de ella al servicio de la realidad nacional. En su seno albergaría a sus mejores especialistas, en sus bibliotecas y centros de documentación estarían los libros y documentos sobre ella y comunicaría sus hallazgos en sus publicaciones. Nuestros compañeros comprendieron que si la UCA quería contribuir a cambiar una estructura irracional e injusta era necesario conocerla a fondo. No era una tarea fácil, sino el resultado de muchos saberes y de mucho trabajo intelectual. Llegar a conocer científicamente la realidad nacional exige un conjunto de disciplinas diversas, bien dominadas y asimiladas, críticamente asumidas; exige un laborioso esfuerzo de investigación en los más diversos campos y desde las más diversas disciplinas.

Durante 25 años, gracias a la entrega de nuestros compañeros y a la

colaboración de muchos, la UCA es una de las instituciones que más quiere saber de la realidad nacional. La UCA siempre se ha propuesto usar la razón y la verdad. Esto se dice fácilmente, pero no lo es si se trata de vivir conforme a ellas, porque nuestra realidad se caracteriza por la irracionalidad y la mentira. Cuando la UCA puso a producir su razón y verdad universitarias, se volvió beligerante, porque la razón y la verdad de por sí lo son frente a la irracionalidad y la falsedad reinantes. La beligerancia de la UCA no ha consistido en la acción militar. Ha consistido en denunciar la irracionalidad y en desenmascarar la falsedad; pero también en ofrecer alternativas para superarlas.

A lo largo de estos 25 años, la UCA ha tenido que entrar en muchos conflictos con quienes han defendido otros puntos de vista y sobre todo con quienes han defendido intereses exclusivistas y elitistas. Ha sido este compromiso con un futuro mejor para el pueblo salvadoreño, entendido como las mayorías populares y oprimidas, basado en la justicia, lo que llevó a la UCA a perder importantes apoyos gubernamentales, a ser víctima de agresiones verbales, insultos, calumnias, bombas, hasta llegar a la masacre de nuestros compañeros, una masacre que ha horrorizado a todo el mundo civilizado.

3. UN MARTIRIO QUE HA GENERADO LUZ Y VIDA

La sangre derramada por nuestros compañeros demuestra que la guerra no debe seguir devorando a los mejores salvadoreños. Con ello no gana ni uno ni otro bando. Todos perdemos. Esta sangre, universitaria y popular, ya ha comenzado a producir frutos al quedar condicionada la ayuda militar norteamericana a la continuidad del proceso de diálogo-negociación y al fin de la impunidad de la Fuerza Armada. El gobierno norteamericano se ha visto obligado a hablar sobre la necesidad de encontrar una salida negociada al conflicto que detenga el derramamiento de sangre y la destrucción del país. La masacre de la UCA ha obligado a muchos a plantearse preguntas importantes sobre la marcha de la guerra y su futuro.

El asesinato de nuestros compañeros ha puesto también de manifiesto lo mucho que falta por hacer en las estructuras militares y políticas del país, y ofrece una oportunidad para llegar hasta el fondo del crimen y dar así una oportunidad a la justicia. Nada fortalecerá tanto el proceso democrático y la administración de justicia como sacar a luz lo que aún permanece oculto. Este caso brinda una oportunidad para romper con un doloroso y oscuro pasado, constituido por miles de casos en los cuales aún está pendiente la administración de la justicia y por los cuales la democracia se encuentra en suspenso. Si no se hace pronta y cumplida justicia en el caso de la UCA, la democracia y la justicia salvadoreñas seguirán cuestionadas.

Es triste que, en buena medida, haya sido la presión internacional la que ha obligado a investigar la masacre de la UCA y a llevar ante la justicia a algunos de los responsables, cuando el Estado mismo debería haber sido el primero y más interesado en hacerlo. De no haber sido por el escándalo internacional, la masacre de la UCA probablemente hubiera corrido la misma suerte que el asesinato de Monseñor Romero y el de tantos salvadoreños. La masacre de la UCA ha demostrado también que, de hecho, el presidente de la República no tiene control sobre el ejército. Así lo reconoció públicamente el presidente Bush. En efecto, mientras el presidente Christiani reconocía que el padre Ellacuría era la única oposición constructiva del país, elementos de la Fuerza

Armada decidieron matar al Rector de la UCA. Mientras la Fuerza Armada no se someta completamente a la Constitución y al poder civil, la democracia no será posible en nuestro país.

La administración norteamericana también ha sido puesta en entredicho por la masacre de la UCA, porque durante más de una década, y durante tres períodos presidenciales, han entregado al ejército salvadoreño millones de dólares en asistencia militar, profundizando cada vez más la guerra, y porque sus militares lo han entrenado y lo han asesorado. Los hechos demuestran que este procedimiento no sólo ha sido incapaz de terminar con la guerra, sino que también ha puesto en peligro la posibilidad de democratizar el país al provocar constantes y masivos abusos de los derechos humanos, así como también al obtener la posibilidad de desarrollo económico. Hasta ahora, lo único que ha logrado reducir, en parte, las violaciones a los derechos humanos ha sido la instrumentalización de la ayuda militar y económica. En efecto, la amenaza norteamericana de condicionar, recortar o suprimir esta ayuda es lo único que ha podido, de momento, empezar a persuadir a los militares salvadoreños sobre la necesidad de respetar los derechos humanos.

Finalmente, la masacre de nuestros compañeros ha generado luz y vida para nuestra universidad. A lo largo de este año se han recibido innumerables reconocimientos y muestras de solidaridad, tanto nacionales como internacionales, traducidas en apoyos materiales y humanos. Aquí es importante resaltar el decidido apoyo de la Compañía de Jesús al proporcionar a la UCA cualificados cuadros académicos, escogidos entre muchos jesuitas que se han ofrecido voluntariamente para trabajar en El Salvador.

4. EL ENJUICIAMIENTO DE LA JUSTICIA, LA IMPUNIDAD Y EL MILITARISMO, COMO FRUTO DE LA MASACRE

Los mártires de la UCA fueron masacrados por creer y luchar por la paz con justicia y por negarse a aceptar la alternativa militar como solución al conflicto. Ellos lucharon por una democracia real, donde prevalezca la lógica de las grandes mayorías sobre la de las minorías privilegiadas, la lógica de la justicia sobre la de la injusticia, y la de la paz sobre la de la guerra. Por ello, son mártires de la paz y de la verdad. Creyeron en el Dios de Jesús hasta seguirlo en su muerte y resurrección. Todos ellos, cada uno a su manera, hicieron presente a Dios en la universidad, en el colegio, en la escuela, en conferencias y seminarios, en homilias y charlas, en la prensa y en la televisión, entre los amigos y colegas. Su asesinato-martirio ha puesto en evidencia ante el mundo quiénes eran ellos y quiénes son sus asesinos. Nuestros mártires fueron sacrificados en nombre de la democracia y de la patria, y quizás también en nombre de Dios. En realidad, sus victimarios usaron todos estos nombres en vano.

Desde hace mucho tiempo, los jesuitas martirizados habían denunciado que, en la mayoría de crímenes de esta naturaleza, las pocas averiguaciones hechas apuntaban hacia miembros de la Fuerza Armada. De esta sangrienta historia forman parte los asesinatos de los dirigentes del FDR, de las cuatro religiosas norteamericanas, de Monseñor Romero y sus sacerdotes, del teólogo suizo Weiss y su compañero, así como también las masacres de El Mozote, el río Sumpul, Las Hojas, San Sebastián, y muchas otras.

La propaganda gubernamental ha tratado en vano de ocultar sistemáticamente esta historia de constantes abusos a los derechos humanos, creando y difundiendo versiones oficiales. Allí se han ignorado aspectos fundamentales de la realidad, cuando no se han distorsionado, e incluso falseado o inventado algunos de ellos. El recurso más socorrido ha sido culpar a la izquierda o al FMLN. También lo intentaron hacer en un principio en el caso de la masacre de la UCA.

Querier ocultar tal realidad no ayuda a la democracia. Negando la realidad no se consigue cambiarla. No se puede esperar una imagen positiva del país en el exterior cuando la imagen discrepa sistemáticamente de la realidad. No se trata de hacer propaganda, se trata de

cambiar las realidades para que la imagen sea aceptable internacionalmente.

Los datos demuestran que, pese a las profesiones públicas de los comandantes militares respecto de su fe en la democracia, falta mucho para que la Fuerza Armada sea capaz de garantizar la seguridad de los salvadoreños, tal como lo exige la Constitución. Los seis jesuitas asesinados creyeron estar seguros al encontrarse rodeados por la Fuerza Armada, después que el batallón Atlacatl había inspeccionado meticulosamente su residencia, en donde no encontró nada comprometedor. Tras esto ¿quién puede garantizar la seguridad del pueblo salvadoreño? Los mandos militares alegan que no fue la institución, sino algunos de sus miembros. Entonces, ¿quién garantiza que los miembros de la Fuerza Armada cumplan con su deber constitucional de proteger la vida y la propiedad de todos los salvadoreños? Si la Fuerza Armada quiere contar con la credibilidad nacional e internacional, debería investigar a fondo la masacre de la UCA, y los otros asesinatos en que está involucrada, y presentar ante la justicia a los verdaderos culpables. La Fuerza Armada no debería temer estas investigaciones y sus consecuencias, aunque éstas toquen a algunos de sus altos mandos. Quizás en un principio los resultados de estas investigaciones conmocionen sus estructuras internas; pero esto mismo hará salir de ella a todos los elementos indeseables por poco profesionales y democráticos, evitará que se sigan violando los derechos humanos y aportará positivamente al proceso democratizador. Tratar de ocultar lo que de una u otra forma se acaba conociendo, de justificar lo injustificable no le hacen ningún servicio a la Fuerza Armada, ni al país.

La investigación de la masacre de la UCA, tal como en este momento se presenta, indica un cambio importante, pero limitado y parcial. La masacre de la UCA ha abierto una dimensión distinta e insospechada a la problemática de la justicia en El Salvador. Con la muerte de los jesuitas, la impunidad de los militares y el estado lastimoso del sistema de justicia salvadoreño han aparecido entrelazados. A la vista del mundo entero quedan como una denuncia incontestable e inevitable. Sin duda, éste ha sido el crimen más y mejor investigado hasta ahora en la historia del país. Sin embargo, las investigaciones han estado más interesadas en presentar algunos resultados para satisfacer el clamor internacional, en especial al Congreso norteamericano, que en hacer justicia. Sólo se hará justicia completamente cuando todos los elementos responsables del múltiple asesinato hayan dado cuenta de sus actos, incluidos los autores intelectuales, aquellos que discutieron y planearon el asesinato. Es muy difícil aceptar que un solo coronel decidiera ante sí y por sí mismo esta masacre. Para nadie es un secreto la animadversión de algunos sectores militares contra la UCA. Para ellos, los jesuitas de la UCA eran aliados del FMLN. En diversas ocasiones, algunos altos mandos militares acusaron públicamente a la UCA de dar apoyo logístico, material e ideológico al FMLN. Incluso llegaron a decir que en su campus se planificaban asesinatos de funcionarios del gobierno. Estas acusaciones nunca fueron comprobadas ni desautorizadas, sino que fueron sumándose a la campaña sistemática de algunos medios de comunicación contra la UCA. La cadena nacional de radio montada por el gobierno durante los días de la ofensiva difundió amenazas a muerte contra los jesuitas, luego masacrados.

El problema real era que tanto el padre Ellacuría como sus compañeros tenían demasiada razón en las cosas que decían. Sus palabras tenían mucha verdad. Así lo supo reconocer mucha gente del pueblo; que los oía en la radio o los miraba en la televisión. Como los autores intelectuales no tenían ni razón ni verdad, respondieron con el asesinato. Y lo volverán a hacer si no son descubiertos y llevados ante la justicia para que rindan cuentas de su sinrazón y de su mentira. Mientras sigan actuando impunemente desde la clandestinidad volverán a ordenar la muerte de quienes sigan optando por la razón para reclamar los derechos de los pobres a la vida y al trabajo. Por eso es tan importante dar también con los responsables intelectuales de la masacre. En un Estado de derecho, la vida de los ciudadanos no puede estar en manos de estos círculos oscuros. Esta masacre ha venido a recordarnos de nuevo algo fundamental para la convivencia humana, que todos tene-

mos derecho a la vida y que está prohibido matar. En una sociedad democrática debe haber espacio para pensar y expresarse.

5. EL SIGNIFICADO DEL PRIMER ANIVERSARIO DEL MARTIRIO DE NUESTROS COMPAÑEROS, EN EL MARCO DEL 25 ANIVERSARIO DE FUNDACIÓN DE LA UCA

En este momento en que celebramos el primer aniversario del martirio de nuestros compañeros, estamos celebrando también el 25 aniversario de la fundación de la UCA. Aparentemente, se trata de dos acontecimientos, uno de muerte y otro de vida. En realidad, los dos son de vida, porque significan para la UCA un renacer, un volver a empezar, sin la presencia física de ellos, pero a partir de un legado de 25 años que debe desembocar en una nueva presencia de nuestros mártires.

Ellos siempre quisieron hacer de esta universidad una universidad distinta. El carácter distinto de esta nueva forma de hacer universidad fue la incidencia en la realidad nacional, desde la opción por las mayorías populares. Ellos comprendieron que no podíamos permanecer atrapados en los estériles esquemas desarrollistas, ni podíamos mantenernos al margen de las ingentes necesidades de la mayoría de los salvadoreños. La UCA siempre ha querido poner al servicio de esas mayorías su saber y su infraestructura. Por ello, poco después de ser fundada, hace 25 años, comenzó a parcializarse al denunciar la situación de miseria y violencia institucionalizada, en la cual vivía la mayoría de la población. También ofreció alternativas para evitar la guerra que estamos viviendo.

Esta orientación tiene sus raíces en la inspiración cristiana de esta universidad. En su frontispicio hay un pasaje evangélico que recoge las palabras de Isaías que Jesús hizo suyas, como expresión programática de su misión: "el Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos..." (Lc. 4,16-22).

En El Salvador, sigue siendo una tarea urgente dar vista a los ciegos, liberar a los oprimidos y anunciar la buena noticia de la justicia y la paz a los millares de pobres que conforman nuestro pueblo. Lo mismo hizo José Simeón Carías, en un acto eminentemente político y desde su saber intelectual, al pedir la libertad de los esclavos. En estos veinticinco años, la UCA ha querido hacerlo, universitariamente, y a la altura de nuestros tiempos según nuestras circunstancias históricas.

El 16 de noviembre de 1989, quienes concibieron, dirigieron y llevaron a cabo esta universidad, sellaron con su sangre el trabajo realizado. El 16 de noviembre culminó una fase de nuestra historia. Por eso, como lo dijera nuestro actual Rector, la nueva fecha fundacional de la UCA es el 16 de noviembre de 1989. Desde entonces, el logro de la UCA, el buho con los ojos grandes y bien abiertos que, según los griegos, representa el saber y la ciencia, estará marcado por la cruz cristiana, realidad de muerte y de resurrección, y su quehacer estará orientado creativamente por las directrices que los mártires nos han dejado. La eficacia de la presencia entre nosotros de esos ocho mártires depende de nuestro compromiso con el futuro. Nuestro compromiso es consolidar lo que ellos lograron y proyectar a la UCA según el ideal que nos heredaron y de acuerdo con las circunstancias que nos vaya tocando vivir.

En primer lugar, debemos seguir luchando para buscar soluciones a mediano y largo plazo para El Salvador. Tenemos una tarea pendiente: proponer soluciones para los problemas estructurales más graves de nuestro país. Esto supone que debemos consolidar nuestra capacidad para investigar la realidad nacional. Debemos mejorar nuestras investigaciones técnicas, socio-económicas y políticas. Esta tarea es urgente, porque El Salvador sigue estando a oscuras sobre su futuro, pues no parece contar con planes realistas para resolver sus problemas más graves. Debemos comprometernos a aportar planes generales y sectoriales y, para ello, debemos acumular recursos humanos y materiales. En segundo lugar, debemos mejorar y modernizar la docencia en

diferentes líneas. Vamos a hacer un esfuerzo, con la colaboración de diversas universidades extranjeras, para ofrecer a los egresados un nuevo nivel de superación profesional. Vamos a continuar con los diferentes programas de postgrado. Vamos a consolidar los que ya tenemos, en teología y administración de empresas, y vamos a abrir otros nuevos, en economía, educación, sociología, ciencias políticas e ingeniería. Lo vamos a hacer con nuestro estilo y según nuestra manera de proceder, es decir, responsablemente y garantizando calidad y seriedad académicas a nuestros estudiantes. Nos vamos a comprometer a dar un paso adelante para que los mejores talentos y los más esforzados se preparen mejor, precisamente ahora, cuando los títulos profesionales, con la proliferación crecida de "universidades" que no reúnen condiciones mínimas para su función han empezado a dejar sin respuesta las apremiantes necesidades del país.

Lo que hemos llegado a ser, al cabo de veinticinco años y después del 16 de noviembre de 1989, ha sido reconocido nacional e internacionalmente. En efecto, la UCA es reconocida ahora por su objetividad teórica sobre la realidad nacional, por su imparcialidad respecto a los intereses de las clases dominantes y de los poderes públicos y militares, por la calidad de su formación profesional y por su opción por la justicia, la paz y la verdad.

6. LA INSPIRACIÓN DE LOS MÁRTIRES PARA EL FUTURO DE LA UCA

El testimonio martirial de nuestros compañeros es la mejor inspiración para proseguir la tarea universitaria. Ellos nos enseñaron cómo es posible una universidad cristiana en el tercer mundo, una universidad al servicio de los pobres. Su asesinato ha totalizado sus vidas y les ha dado su verdad más profunda.

Su martirio ha sido la mejor confirmación de que todas las actividades universitarias deben tener en su horizonte las necesidades y los sufrimientos de las mayorías populares, tal como ellos lo hicieron incansable y admirablemente. Por eso, la universidad debe seguir siendo parcial, pero objetiva. Encarnándose en los pobres, la universidad será ciencia de quienes no la tienen, voz, y verdad y razón de las mayorías populares marginadas de la historia.

Quisieron apagar la luz, pero ahora ésta brilla más intensamente no sólo en la UCA y en El Salvador, sino en la comunidad internacional. Quisieron desautorizar a nuestros guías, pero ahora su palabra es más autorizada que antes. Quisieron borrarlos de la realidad nacional, pero ahora sus nombres aparecen por todos lados, donde miles los admiran con cariño y perpetúan su vida y su obra. En cambio, sus asesinos, intelectuales y materiales, tienen que esconder su rostro ante la mirada de Dios y de los hombres justos. La sangre que han derramado los acusará hasta el final de sus días. Como en tantos otros casos y como en el caso de Monseñor Romero, los verdugos no han podido triunfar sobre las víctimas. Jamás triunfará la muerte sobre la vida.

Al igual que el martirio de Monseñor Romero, los mártires de la UCA han puesto de nuevo a El Salvador en primera plana. Su vida, pasión y muerte han resonado en todas partes. Esta relevancia internacional de nuestro país es triste, porque denuncia más asesinatos y más sangre, pero también es resurrección, porque ahora ellos viven para siempre en pueblos de diversos continentes, culturas, lenguas y creencias. Sus vidas han desbordado la UCA misma y el ámbito nacional. Se han vuelto universales, han despertado admiración, deseos de seguirlos y ya están animando a los desanimados. Sus cuerpos no han quedado tirados boca abajo en la grama, sino que, junto con el sol de aquella sombría mañana del 16 de noviembre, ya se han levantado para iluminar el futuro de El Salvador. Sus vidas y sus obras están siendo reconocidas universalmente, y sus nombres han comenzado a ser escritos en calles, plazas, parques, escuelas, bibliotecas, etc. Ya no nos pertenecen. Ahora son patrimonio de la humanidad y los compartimos con ella.